

Entramado de ideas entre Theodor W. Adorno y
José Vasconcelos
Ser maestro ¿Desgracia o privilegio?

Gustavo Meza Medina¹

Ser docente, maestro, educador o profesor o enseñante es un rol social que ha tenido diversas connotaciones, algunas positivas y otras negativas. Se le considera un oficio, una profesión o una vocación, dependiendo del propósito para el que se le nombre o de la tarea que se le quiera asignar. Es valorado y respetado con una alta investidura, compromiso o misión, o es desvalorado y depreciado como una actividad que no tiene la menor importancia y que suele ser ejercida por los profesionistas que no encuentran otra actividad “mejor”.

Las circunstancias históricas, culturales y sociales, determinan la imagen del que enseña a otros. La percepción de la profesión docente ha sido cambiante en su perspectiva histórica y filosófica. Se le considera un privilegio, un honor de alta responsabilidad en ocasiones, o se percibe como una profesión denigrante, de bajo prestigio, ingrata y que lleva a la pobreza e incluso la desgracia.

¹ Universidad Autónoma de Zacatecas

No es el propósito de este ensayo profundizar en el análisis filosófico sobre los maestros, tampoco una crítica o una apologética sobre su pertinencia social o su labor. El propósito es presentar un entramado de ideas sobre la percepción de dos posturas diversas: el humanismo y la teoría crítica. Con el fin de disertar aportar argumentos sobre si la labor de maestro es una desgracia o un privilegio. Para ello retomamos ideas de Theodor W. Adorno y José Vasconcelos.

José Vasconcelos fue un filósofo, político y educador mexicano. Se le considera defensor de la profesión docente desde su óptica humanista. El tema es abordado en varias de sus obras escritas, principalmente en sus Memorias, discursos, conferencias y en el libro *De Robinson a Odiseo. Pedagogía Estructurativa*. De este libro tomaremos sus ideas sobre el maestro.

Theodor W. Adorno, es considerado uno de los más representativos exponentes de la llamada Escuela de Frankfurt que desarrollo la Teoría Crítica. Adorno, escribió sobre diversos temas: medios de comunicación, música, ideología, cultura y sociedad. En todos ellos, desde la perspectiva de dicha teoría.

En este ensayo nos interesa su libro *Educación para la emancipación*, que integra las transcripciones de conferencias y conversaciones radiofónicas sobre algunos problemas de la educación, que se transmitieron entre 1959 y 1969 en la radio de Frankfurt, Alemania. De esta obra tomaremos sus ideas sobre el perfil del maestro en Alemania y otros países.

El ejercicio es sencillo. Entrelazamos las ideas de ambos autores y ensayamos una reflexión sobre el tema. Vasconcelos y Adorno, aunque fueron contemporáneos, uno en México y otro en Alemania y Estados Unidos, no hay evidencias de que hayan tenido contacto, ni contrastado sus ideas. Ahora los ponemos en la mesa frente a frente para dialogar a partir de una pregunta: ¿Ser maestro es una desgracia o un privilegio?

Una tercera voz se entrelaza desde la experiencia propia como profesor desde hace más de veinte años. Así, las ideas

aquí expresadas surgen de tres posturas diferentes: la de José Vasconcelos, con un discurso que exalta el rol del docente y crítica lo que pretende hacer de él la propuesta educativa pragmática norteamericana; la otra es la de Theodor Adorno, quien desde la Teoría Crítica hace un análisis sobre los tabúes de la profesión docente con un resultado negativo para la labor de los maestros. La tercera postura es la propia, como fiel de la balanza.

El tema es amplio y no se agota en este ensayo. Algunas de las ideas que se presentan sobre el “ser maestro” son: su prestigio o desprestigio social, su situación económica, el burocratismo administrativo en el que realiza su labor, su misión como docente, el papel en las escuelas y con sus estudiantes, los vaivenes de su situación como funcionario público, los problemas y retos a los que se enfrenta y las posibilidades de su desarrollo profesional y personal.

Iniciamos el diálogo con Theodor Adorno, quien tiene una visión pesimista de la situación del maestro. El pensador de la Teoría Crítica sostiene que “el maestro es un heredero del escriba, del escribiente. Su menosprecio tiene, raíces feudales”¹ En el análisis que realiza encuentra que la profesión docente no es valorada por la sociedad, al contrario, que es considerada como una actividad inferior, no productiva y sujeta a la élite del poder, como un súbdito esclavizado y sometido a los caprichos de otros, es decir, enajenado.

Esta herencia señalada por Adorno como negativa, para Vasconcelos es todo lo contrario pues en sus raíces se encuentra la riqueza de la labor de enseñante. Para el filósofo mexicano las raíces feudales de la función docente son la base de la fortaleza de los maestros en el siglo XX. Con base en esta convicción, cuando se desempeñó como primer secretario de educación pública de 1921 a 1924, invitaba a los maestros a seguir el ejemplo de los misioneros: “designamos a los nuevos maestros con el nombre

1 Adorno, Theodor, W. *Educación para la emancipación*, Colección: Pedagogía. Raíces de la memoria, Ediciones Morata, S. L. Madrid, 1998., p. 67.

de misioneros, en honor de los verdaderos civilizadores que ha conocido el Nuevo Mundo.”²

Los maestros misioneros emulaban la labor de los frailes franciscanos y debían servir de ejemplo a los maestros de la revolución. Pero, no era así, desde la óptica de Adorno, para quien, esa similitud del maestro con el fraile era una de las causas de su desprestigio pues “el maestro es el heredero del fraile; el odio a la ambivalencia que suscitaba la profesión de este último ha pasado a él tras la pérdida en amplia medida, por parte del fraile, de su función.”³

Entre ambos parece existir un puente, de un lado el perfil de un maestro ejemplar y dispuesto al sacrificio por cumplir su misión y del otro lado el análisis histórico. Para Vasconcelos, el ser maestro misionero era cubrir el mejor perfil, el ideal que no debería entorpecer los laberintos administrativos y políticos entre los que se pierde el maestro en su realidad, particularmente en México. Es un hecho que gran parte del tiempo, lo tienen que ocupar en estos asuntos en lugar de concentrarse en el estudio y la enseñanza. Esta, dice Adorno es una de las causas del desprestigio de la profesión docente, que genera “antipatía contra la rígida reglamentación que ha ido imponiendo la evolución de la escuela administrativa.”⁴

Pero no debería ser así, responde Vasconcelos para quien los maestros de la Revolución Mexicana no debían ocuparse de “enviar al Rey informes sobre la extensión del atraso y sobre los recursos que hacían falta, quizás porque llevaban prisa de salvar almas y no los cegaban abstracciones como el progreso y la cultura.”⁵

De ambas ideas, la que se apega más a la realidad es la de Adorno, porque las cuestiones administrativas y políticas han hecho

2 Vasconcelos, José. *De Robinson a Odiseo. Pedagogía estructuralista*. Editorial Constanza S.A., México, 1952. P. 127.

3 Adorno, *Op. Cit.*, p. 68.

4 *Ibid.*, p. 65

5 Vasconcelos, *Op. Cit* p. 127.

del profesor un técnico y una veleta. Técnico porque debe ser hábil para hacer informes e interactuar con esquemas administrativos, plataformas digitales y trabas burocráticas. Esto, aunque Vasconcelos insista que sus maestros no entorpecían su misión con la tramitología, no es del todo cierto pues hay evidencias en archivos de lo contrario. Ahora bien, quiero resaltar que de parte del gremio se ha generado una estrategia de resistencia a favor de su perfil ideal. Esto, es evidente aún en la actualidad en los festivales escolares, las historias contadas, los poemas y piezas oratorias y para declamación que sostienen, por lo menos en el discurso la imagen del maestro abnegado, comprometido, misionero y sacrificado; aunque la realidad diga otra cosa y le dé la razón a Adorno.

La pregunta es ¿Seguir enalteciendo el perfil docente, desde el discurso imaginado y promovido por Vasconcelos y por los mismos maestros en las escuelas, en lugar de apoyar su desarrollo y la emancipación que promueve Adorno, la obstaculiza? Lo que se observa es que estos maestros que le dieron fama a la educación mexicana de la postrevolución, que gozaban de prestigio por ser personas entregadas a su labor, apóstoles que asumieron el compromiso de reconstruir la nación herida por la lucha armada con su trabajo en las comunidades y rancherías como resultado de su vocación, ya no existen, o tal vez nunca existieron más allá del ideal establecido en el imaginario colectivo.

¿Dónde están ahora los maestros ejemplares? Los que “se establecían en el seno de la población que se proponían educar. Comenzaban aliándose a su miseria y a su destino.”⁶ ¿Dónde quedaron aquellos que lograban hacer milagros al transformar la realidad de los estudiantes y sus familias? En la mente, en los festivales y en las bohemias. Lo que nos queda, dice Adorno es la imagen del maestro “cómo alguien entregado a una profesión de hambre.”⁷

6 *Idem.*

7 Adorno, *Op. Cit.*, p. 66.

Años después de haber sido Secretario de Educación, Vasconcelos parece coincidir con Adorno sobre el burocratismo administrativo que entorpece la labor del maestro, pero le echa la culpa a la implementación de la propuesta pragmática de John Dewey en México y dice que “el peor enemigo de la escuela es el papeleo. Informes, registros, anotaciones, por ser obligatorios, toman lo mejor de la atención del maestro y, naturalmente, le distraen de lo que debiera ser su función primordial: atender a los alumnos y enseñarles.”⁸

Al fin de cuentas, la profesión de educador, tanto en Alemania como en México sufre de una desvaloración social que ha ido en aumento hasta caer en el desprestigio de su profesión, en la ruptura del ideal y la tragedia. Esa caída en picada dice Adorno al referirse a los maestros en Alemania: “Quien lea, por ejemplo, anuncios matrimoniales en los periódicos, observará que cuando quienes los insertan son profesores o profesoras, tienen buen cuidado de dejar claro que no son maestros corrientes, que no son simples maestros de escuela.”⁹ La expresión “simples maestros de escuela” es por sí misma peyorativa y refleja la realidad de los maestros que se avergüenzan de mostrarse como tales.

Adorno y Vasconcelos coinciden en las ideas sobre la misión del docente. Ambos sostienen que el maestro, a pesar de tener todo en contra, tiene el deber de emanciparse y transformar la realidad en la que intervienen. Los dos confían en que el profesor debe quitarse cadenas de la sumisión a la élite de poder, al estatus quo, para abonar a un mundo más justo y más humano. Vasconcelos invita a los maestros a no ser sumisos, al contrario, a ser rebeldes ante la tradición que obliga a la adaptación porque “maestro y adelantado suelen ser sinónimos y de que no basta adaptarse, porque el deber de la conciencia es superarse.”¹⁰ Porque, sostiene el filósofo educador, lo que se necesita es transformar la realidad en beneficio de los mexicanos y “la tarea del

8 Vasconcelos, *Op. Cit.*, p. 29.

9 Adorno, *Op. Cit.*, p. 66.

10 Vasconcelos, *Op. Cit.*, p.20.

educador consiste en despertar la conciencia del educando y aun en *creársela*, si no la tiene despejada. En todo caso, en suscitarle el desarrollo hasta que se produzca aquel parto del alma. Finalidad suprema de la educación.”¹¹

Un educador así, capaz de producir en sus alumnos un “parto del alma” es impensable en la actualidad, cuando existen expresiones peyorativas para designar a los docentes en México como “pobresores”, “aliados del sistema”, “súbditos del estado” “revoltosos” etc., situación que no es sólo en México, pues al habla de los maestros abundan los términos negativos en otros países. Por ejemplo, “en alemán la más conocida es “*Pauker*” (el que toca el bombo); más vulgar, y procedente asimismo de la esfera de la percusión, “*Steisstrommler*” (tamborilero de nalgas); en inglés: *schoolmarm* para las maestras solteronas, entecas, amargadas y marchitas.”¹²

Como se percibe, tanto desde las ideas de los autores citados como desde la experiencia personal, la profesión docente se encuentra deteriorada y no se compara con otras profesiones que gozan, en la actualidad de elevado prestigio. “Es evidente que, comparada con otras profesiones académicas, como la abogacía o la medicina, la docencia posee, en cierto modo, el aroma de algo socialmente no del todo aceptado.”¹³ En este aspecto, coinciden tanto Adorno como Vasconcelos quien señala que “buena parte de la rebelión escolar contemporánea depende de la poca estima social que se otorga al magisterio.”¹⁴

¿Cuáles han sido las causas del desprestigio de la profesión docente? Al respecto, ambos autores tienen su opinión. Para Adorno, una de las causas de la desvaloración del docente tiene que ver con su formación académica, “según la opinión corriente, el maestro sería alguien de condición académica, sí, pero es-

11 Vasconcelos, *Op. Cit.*, p. 18.

12 Adorno, *Op. Cit.*, p. 66

13 *Idem.*

14 Vasconcelos, *Op. Cit.*, p. 26.

casamente valorado en sociedad.”¹⁵ Esta pobreza académica del docente, que en México se relaciona con problemas de sindicalismo y abuso de tramitología burocrática y esquemas de evaluación rígidos y politizados, no puede ser tolerada desde la óptica de Vasconcelos, para quien “un educador serio, lo mismo que un profesional cualquiera, no tiene derecho a la ignorancia, y únicamente tras de una larga y comprobada preparación teórica, podrá reclamar los honores de la innovación.”¹⁶

En la realidad, son pocos los maestros que logran salir del círculo de ignorancia en el que se encuentran dentro de su profesión y paradójicamente en sus escuelas. Casos hay muchos de quienes se casan con un libro o unos apuntes que repiten por años sin actualizarlos, o logran habilidades didácticas tan eficaces que poco importan los pobres contenidos que enseñan pues la metodología, las dinámicas y el discurso retórico suplen sus deficiencias.

Otro aspecto que abona al desprestigio de la profesión docente, y tal vez uno de los más importantes tiene que ver con las condiciones laborales en las que se desempeñan. En esto coinciden nuestros autores, para quienes el maestro está condenado a una situación de pobreza. Es una realidad lamentable, sobre todo para México, donde, los bajos salarios de los docentes los obligan a sobreexplotarse laboralmente con jornadas extenuantes de trabajo, dobles plazas y la búsqueda de la sobrevivencia en la búsqueda de otras opciones de ingresos como taxistas, taqueros, comerciantes, etc.

Ante esta deprimente situación, los maestros no pueden ser los ejemplos en sabiduría, los líderes sociales y los agentes de transformación social pues “su opinión no pesa, porque su condición económica es ínfima.”¹⁷ De eso puedo dar fe como profesor de educación superior que tiene que vivir eternamente del crédito para mantener a la familia y sufrir las estrategias burocráticas que ponen a competir a los docente por migajas que lo obligan a ser

15 Adorno, Theodor, *Op. Cit.*, p. 66.

16 Vasconcelos, *Op. Cit.*, p. 35.

17 *Ibid.*, p. 26.

coleccionista de credenciales y evidencias de desempeño que exigen todos los estímulos y becas que merece por derecho propio.

En esto Adorno se equivoca cuando, después de afirmar que la situación económica de los maestros es deprimente, sostiene que ésta no es determinante, pues dice que “la imagen de la pobreza del maestro no se corresponde ya con la realidad; persiste, sin embargo, más allá de toda duda la discrepancia entre la pretensión del espíritu al *estatus* y a la influencia, que el maestro hace, sin duda, suya, al menos en el orden ideológico.”¹⁸ Lo cierto es que no hay pobreza económica en los maestros, por lo menos en México es evidente.

Además de la pobreza académica y la pobreza económica -y tal vez la del espíritu-, ambos autores señalan como otro elemento del desprestigio del docente la pérdida de autoridad y de un poder real. Esto es clave, señala Vasconcelos pues “cuando el criterio de la consideración social era el estoico de la virtud cumplida, el más humilde maestro de aldea podía presentarse a los alumnos como fuente de autoridad y modelo a seguir.”¹⁹ Pero las cosas han cambiado y ya ni en las comunidades rurales de México, el maestro conserva su prestigio y autoridad, perdida, entre otras cosas por conflictos políticos, religiosos y económicos. Desafortunadamente, el maestro ha tenido que sufrir las desavenencias que provocan el ser un “servidor público” que lo hace esclavo de los gobiernos y sus caprichos. Ahora que, no estoy argumentando a favor de la educación privada, pero no podemos dejar de percibir en la educación pública las desventajas de la sumisión que implica para los docentes y los obstáculos que esto significa para su emancipación, su desarrollo intelectual y su capacidad de transformación de las realidades.

El resultado es que tenemos en la actualidad a un profesor o profesora que, ante tantos embates se ha declarado vencido. Varias son las batallas perdidas, en su presencia social, en el prestigio académico, en sus posibilidades económicas y lo que le debe

18 Adorno, *Op. Cit.* p. 67.

19 *Ídem.*

afectar más, en su autoridad y presencia en las aulas y en las escuelas donde mandan los alumnos y él obedece, donde tiene que robar tiempo a la familia, a los amigos y a su propio desarrollo armónico emocional e intelectual. Adorno dice al respecto que el docente actual ha contribuido a su desprestigio porque ha renunciado a la batalla, se ve como un luchador vencido, alguien que ha perdido ya las fuerzas para vencer y resentido baja los brazos: “El menosprecio del maestro, en Alemania desde luego, pero también en los países anglosajones, y en cualquier caso en Inglaterra, podía ser caracterizado como el resentimiento del guerrero, que penetra luego en la población mediante un interminable mecanismo de identificación.”²⁰ Un maestro en estas condiciones, no merece la estimación pública porque no tiene autoridad para reclamarla. Es “un infeliz de quien los alumnos hacen burla o, a lo sumo, le dispensarán piedad.”²¹

Entonces ¿qué le queda al docente? ¿obedecer a los caprichos que se le imponen en su labor, tanto por los gobiernos a quienes sirven como por los estudiantes y comunidades a quienes pretenden servir? ¿Será que sólo pueden aspirar al “leve desprecio al que no lleva armas y puede ser en cualquier momento liquidado por los esbirros”?²²

No tenemos respuestas para estas preguntas, tampoco Adorno y Vasconcelos aportaron una solución práctica, pero sus ideas motivan la reflexión y podrían generar acciones de transformación, algo que ambos autores valoraban. Por el momento, este diálogo parece inclinar la balanza por una situación de desprestigio de la profesión docente y el deterioro, no solo de su imagen, sino también de su función y su impacto en la educación. El maestro, ha dejado de ser el eje del proceso formativo, el que guía la experiencia vivida en las escuelas. Se convierte en un observador sin capacidad de voz ni voto, un docente sin capacidad de acción que ve “negada la autoridad de la sabiduría, se desen-

20 Adorno, *Op. Cit.*, p. 68.

21 Vasconcelos, *Op. Cit.*, p. 26.

22 Adorno, *Op. Cit.*, p. 68.

vuelve sin freno el capricho y aparecen las escuelas en que “el maestro observa” y dicta informes, en tanto que los alumnos organizan comités.”²³

El supuesto poder que debería ejercer, señala Adorno, es sólo un engaño, que lo mantiene a flote, pero que no es real. Además, cree que tiene poder por educar a los niños, pero no cae en la cuenta de que ese poder es ilusorio y solamente protegido por las cuatro paredes del aula. Por eso, “la conciencia pública toma probablemente poco en serio el de los maestros, que es un poder ejercido sobre sujetos que no lo son de pleno derecho, esto es, sobre niños.”²⁴

En esta situación se desvanece la presencia del maestro. Dice Vasconcelos que “el error de tantas escuelas nuevas es creer que es posible la eliminación del maestro.”²⁵ Coincidimos en ello, un docente que vive en las circunstancias descritas, sin capacidad académica, sin libertad de acción ni recursos económicos suficientes, con un poder ilusorio que lo hace creer ingenuamente en el valor de su labor, pero que se engaña porque sólo sirve a intereses ajenos, del estado o de élites que lo manipulan como un títere, que lo confunden y lo obligan a perder la cordura, la esperanza y el entusiasmo por su profesión, el conocimiento y la transformación de la realidad en beneficio de los que más los necesitan; un docente así, es un ser que ha sido eliminado en su esencia de maestro, que no existe en la realidad concreta, que no le queda más que simular que algo conserva de lo que algún día fue, del prestigio que gozó en un momento pero que ha desaparecido y con él su impacto y su importancia.

En conclusión, ante la pregunta de si el ser maestro es una desgracia o un privilegio, después de exponer las ideas de Theodor W. Adorno y José Vasconcelos, la respuesta es que, en la actualidad, desde esta reflexión y la experiencia, la labor docente sale perdiendo y está lejos de ser vista como un privilegio o un

23 Vasconcelos, *Op. Cit.*, p. 37.

24 Adorno, *Op. Cit.*, p. 69.

25 Vasconcelos, *Op. Cit.*, p. 31.

honor. Sin embargo, tal vez convenga continuar con el discurso que se valora entre los mismos docentes, sobre todo de educación básica, lo que se pregona en la oratoria y en los eventos de declamación y en lo que todos parecen estar de acuerdo, aunque ello implique cerrar los ojos a la realidad, que el ser maestro es noble, reconocido, en suma, que es un privilegio que todos debemos valorar.

Bibliografía:

- Adorno, Theodor, W. *Educación para la emancipación*, Colección: Pedagogía. Raíces de la memoria, Ediciones Morata, S. L. Madrid, 1998.
- Vasconcelos, José. *De Robinson a Odiseo. Pedagogía estructuralista*. Editorial Constanza S.A., México, 1952.